

**Sermón en ocasión de la conmemoración de los 500 años de la Reforma  
y los 50 de la fundación de la Federación de Iglesias Evangélicas  
Luteranas en Suiza y el Principado de Liechtenstein**

**Ginebra, Suiza, 10 de septiembre de 2017**

**Rev. Dr. Martin Junge, Secretario General de la Federación Luterana Mundial**

Queridas hermanas y queridos hermanos en Cristo:

Qué alegría reunirnos como lo hacemos hoy para dar gracias a Dios y buscar más inspiración al cumplirse el V Centenario de la Reforma. Es una fantástica oportunidad de reflexionar sobre el devenir de las iglesias luteranas a lo largo de cinco siglos para aprender de nuestra historia común y vislumbrar el camino que tenemos por delante.

De hecho, qué lindo ver la diversidad de personas congregadas aquí con sus distintos bagajes mostrando de maneras particularmente poderosas que hoy en día, la Reforma es ciudadana del mundo, pues se ha extendido por todo el globo, ha echado raíces y ha encontrado nuevas formas de expresar su mensaje.

Por supuesto, esta hermosa diversidad también plantea la cuestión de saber qué nos mantiene unidos y qué significa nuestra unidad frente a toda esa diversidad.

En nuestra tradición luterana, decimos que es un mensaje particular el que une a la iglesia, porque a nuestro entender capta la esencia de lo que Dios vino a revelar en Jesucristo. En la terminología clásica de nuestra teología definimos ese mensaje: justificación por la gracia mediante la fe.

Ese mensaje nos dice que los seres humanos no somos salvos por quiénes somos y lo que hacemos, sino por quién Dios es y lo que hace; eso nos libera alejándonos de la auto-justificación, la competencia feroz y sus efectos tóxicos tanto en nuestra propia vida como en nuestras relaciones. Por ser personas reconciliadas con Dios, el mensaje de la justificación nos invita a reconciliarnos con nosotros mismos; nos libera de toda ansiedad frenética respecto a todo lo que se supone que tenemos que ser, todo lo que tenemos que lograr y todo lo que se espera de nosotras y nosotros, permitiéndonos en cambio ser quienes Dios dice que somos: amadas y amados de Dios con nuestra propia belleza y dignidad.

El V Centenario de la Reforma es una magnífica oportunidad de reafirmar el valor inapreciable de ese mensaje en medio de nuestro mundo en pugna. Su pertinencia no ha sufrido erosión alguna y dicho mensaje nos habla hoy como lo hacía hace 500 años, porque se refiere a nuestra condición humana. No necesitamos vivir en una época especial ni en un lugar especial para poder recibir la buena nueva de Dios que eligió establecer un tono de compasión, solidaridad, justicia y paz en nuestro mundo. De ahí que la gente necesite seguir escuchando esta noticia: hay un punto de partida y un contexto de vida que no empiezan con nosotros y nosotras, sino con Dios en Cristo y allí permanecen incluso si en términos humanos nuestra vida tiene un fin.

En este aniversario, no nos ocupemos de explicarle al mundo lo indispensable que somos por la grandeza de lo que hemos hecho en el pasado. Ese no debe ser nuestro propósito; antes bien, sigamos ocupándonos de comprometer a la humanidad con ese mensaje liberador de Cristo, que se ha confiado a la iglesia y que puede aportar una gran diferencia en la vida de las personas y de este mundo en general: somos libres por la gracia de Dios.

Pero hay más que decir. El mensaje de la Reforma también obtuvo aprobación porque hablaba en forma muy poderosa de la percepción de que había cosas a las que se forzaba a entrar en el mercado, al que no pertenecían. Con sus 95 tesis, Lutero cuestionó el hecho mismo de que aquello que en realidad se daba en forma gratuita de pronto pasara a ser una mercancía: perdón, vida, futuro... ¿Cómo pueden venderlos si no les pertenecen?, preguntó. Con su objeción, cuestionó radicalmente las lógicas subyacentes de las prácticas comerciales y lo que le estaban haciendo a la gente común.

¿Acaso hoy en día, no nos preguntamos también qué más o qué será lo próximo que se convertirá en mercancía? ¿Acaso la voracidad de la humanidad y el paradigma económico imperante no siguen empujando a personas y recursos para que entren en el reino de las transacciones comerciales? Se venden seres humanos, personas refugiadas, mujeres, niñas, niños y hombres, o sus órganos; todo se está convirtiendo en mercancía. Los derechos humanos, ese enorme e importante hito de la humanidad que garantiza a todo el mundo un conjunto particular de derechos que han de ser protegidos cualesquiera que sean las circunstancias, se vienen subordinando cada vez más a consideraciones económicas y están pasando a ser secundarios porque obtener ganancias se está volviendo primordial.

Quisiera que de conformidad con la tradición de la Reforma luterana, las iglesias sigan siendo sensibles a esta dimensión específica de la Reforma del siglo XVI y cuestionen la noción misma de que *todo* es comerciable. “No se vende” es el lema que usamos en la FLM para el aniversario de la Reforma. Se trata de una noción que surge del poder liberador de la acción redentora de Cristo y que hoy nos inspira para abordar una tendencia que hace del comercio el único vehículo de interacción social, comunal y política. No hay nada malo en el comercio, pero si se le deja librado a sí mismo y se le da una supremacía irresponsable, seguirá desgastando aquello en lo que, por el contrario, Dios invita a la humanidad a embarcarse: una convivencia solidaria y compasiva, de paz y justicia. Por eso, a nosotros y nosotras, gente de fe, nos importa cómo se ordenan las cosas en este mundo.

En relación con esto último, el apóstol Pablo escribe a los gálatas, el texto de la epístola que leemos hoy y que ofrece otra dimensión importante que cabe destacar. Pablo es firme e inflexible al recordar a la comunidad de Galacia que la acción liberadora de Dios nos hace libres. Pablo escribe al respecto porque le preocupa el legalismo rampante en la comunidad de quienes habían escuchado anteriormente que en realidad ninguna ley puede salvarnos. Pablo está preocupado porque veía que ser libre o esclavo, hombre o mujer, griego o judío se estaba volviendo más importante en la comunidad que la acción redentora de Dios que se dirige a *todas y todos* como nuevas personas, todas, sin exclusión alguna, como una nueva comunidad.

Ya entonces, queridas hermanas y queridos hermanos, a Pablo le chocaba el legalismo, el sexismo y el tribalismo en la iglesia, por lo tanto, no hay ninguna razón de abstenerse de abordar esas mismas expresiones aún hoy mismo. Todo eso nunca debería darse en nombre de la fe, ni entonces en Galacia, ni hoy en ninguno de los numerosos lugares donde la iglesia ha crecido entretanto.

Por el contrario, Pablo llama a la iglesia a mantener unido lo que es inseparable: la justificación por la gracia mediante la fe y la libertad. Al dar estos primeros pasos en los albores de los próximos 500 años, mantengámonos firmes en el principio, según el cual, una iglesia que predica el evangelio de la justificación, será siempre una iglesia que defiende la libertad sin hesitación: una iglesia que equipará y capacitará a las/os creyentes para que asuman su libertad, que alentará el don de la libertad e invitará a compartirlo en lugar de alertar y advertir contra él. No hay nada malo en la libertad, sino todo lo contrario, pues el mensaje de libertad es parte integral del mensaje de la justificación.

Ahora bien, es una libertad especial porque la libertad cristiana se inspira en la forma en que Cristo se encarnó, el sendero que le llevó a vaciarse de lo que era y de todo lo que hubiera podido ser o hacer para convertirse en lo que Dios quería que fuera: una bendición, un hermano, un compañero en las alegrías y las penas de la gente y su vida. Y, por lo tanto, un Redentor y un Rey. Ese es el perfil especial de la libertad cristiana a la que nos invita el evangelio: una libertad altruista. Una libertad que ve el “yo” en relación con el “nosotros”, nunca separado ni aislado de este. Es una libertad con las/os otros y para las/os otros.

Esto contrasta marcadamente con la forma imperante de abrazar la libertad hoy en día, sobre todo en nuestro contexto occidental, y explica gran parte de la miseria que observamos en el mundo actual. El “yo” se vuelve cada vez más grande, más absoluto, en gran medida una entidad autónoma, incapaz de conectarse y relacionarse o tan siquiera ver a la otra persona; crea su propia brújula de moralidad para seguir reclamando el gran espacio que necesita por encima y en contra de todas y todos los demás. El “yo” está perdiendo cada vez más su competencia social.

Aquí, queridas hermanas y queridos hermanos, nos veo creciendo en el futuro como iglesias luteranas, poniendo el énfasis en lo que Cristo vino a revelar y que el apóstol Pablo captó con tanta agudeza: la libertad que Cristo adquirió para nosotros y nosotras nos liga a nuestro prójimo, en lugar de separarnos de él o ella. Libertad significa cumplir con los propósitos de Dios, no con los nuestros.

Esto me lleva entonces a la lectura del evangelio de hoy, la famosa historia del buen samaritano que trae a nuestra atención, la noción de “prójimo”. Seguir el camino de la encarnación de Cristo siempre nos embarcará en un viaje de encuentro y servicio de nuevos prójimos, ese es el punto que Jesús quiere señalar en la parábola. Entonces, hagámoslo con confianza y alegría. A veces me sorprende cuando escucho la preocupación de que nuestro entusiasmo de expresar la fe con obras sería una suerte de ¡justificación por las obras!

La parábola del buen samaritano nos cuenta otra historia: más bien deberíamos guardarnos del efecto narcótico de la indiferencia o de un sentido difuso de la solidaridad; ¡eso es lo que socava la fe, no las obras de servicio como respuesta al don de la salvación de Dios!

Asimismo, la parábola del buen samaritano revela que hay una verdad sobre el evangelio de Jesucristo que no se puede confinar en discursos, enseñanzas y escritos ni ser contenida en ellos. Más bien, esa verdad se puede encontrar fuera de todo eso, en el servicio de amor y compasión al prójimo. La parábola del buen samaritano nos recuerda que Dios no solo nos habla a través de libros y textos, sino también de encuentros.

De ahí que la conmemoración conjunta luterano-católica del año pasado en la catedral de Lund conllevara un significado tan profundo y una promesa tan grande: fue seguida por la firma de una declaración de intenciones que nos acerca a católicas/os y luteranas/os a la hora de servir a personas necesitadas.

¡Qué bendición que por primera vez en cinco siglos, no abordáramos el aniversario de la Reforma desde la perspectiva de demostrar cuánta razón tenemos y qué equivocados están todas/os los demás, sino de señalar cuanto tenemos en común y cuánto anhelamos que sane el quebrantamiento que nos afecta! Y qué bendición que podamos esperar verdaderamente que Dios nos encuentre participando en un servicio diaconal más profundo y más compasivo.

De todos modos, nuestros tiempos están pidiendo un enfoque que vaya más allá del dominio de los seres humanos y de las relaciones interpersonales para dar cabida a una conciencia más profunda de nuestra relación con la totalidad del mundo creado. Dios no

solo *creó* a los seres humanos, sino a toda la Tierra, de la que somos parte. Dios no solo vino a *salvar* a los seres humanos, sino a redimir a la creación en su conjunto. En tiempos de enorme desafíos ecológicos, siendo el cambio climático tan solo uno de ellos, tenemos la oportunidad de crear una teología, una catequesis, sermones y canciones que nos ayuden a captar el valor inapreciable y la fragilidad de la red de relaciones en que Dios nos ha puesto. Al respecto, las iglesias sí tienen un rol que desempeñar en lo que se refiere a forjar esa nueva conciencia y entablar las conversaciones necesarias para que en lugar de cortar esos vínculos, nos insertemos en ellos, y ayudarnos a entender que ya estamos vinculados/as incluso a las generaciones por venir.

No, la Reforma no ha terminado porque la misión de Dios tampoco lo ha hecho. Dios continúa reclamando espacio en nuestras vidas, invitándonos a vivir de lo que nos es dado. Dios continúa liberándonos de la ansiedad de la perfección, la realización y el éxito, invitándonos a emprender un camino de transformación para ser quienes Dios quiere que seamos. Dios no se detiene, Dios está vivo. Por eso, la Reforma sigue su curso.

Su iglesia, la BELK, es parte de esa Reforma constante. Su iglesia no puede hacer todo ni lo hará, pero sí tiene su propio y distintivo aporte que hacer en el compromiso de abocarnos como comunión mundial de iglesias a la tarea de llevar adelante lo que heredamos y nos fue confiado. Que no nos acose ninguna ansiedad, ninguna hesitación ni ninguna desesperación en vista del tamaño, la disponibilidad de recursos y el poder humano. No olvidemos aquí ni en ninguna otra parte que somos la iglesia que se basa en el mensaje de que no es por quiénes somos ni por lo que hacemos, sino por quién es Dios y lo que hace que las cosas ocurren en nuestro mundo. Caminemos con un sentimiento de alegría y confianza en el próximo siglo, poniendo nuestro ser y nuestro hacer en manos de Dios, quien nos amó – ¡y a todo el mundo! – primero.

Amén.